

Rodolfo A. BORELLO

Menéndez Pelayo, Borges y «Los teólogos»

A la memoria de don Luis Alberto Ahumada que, en el ominoso año 1943, en el Colegio Nacional de Catamarca, nos enseñaba Historia Antigua leyéndonos textos de la Biblioteca Clásica dirigida por Don Marcelino. Tal vez esa fue la razón por la cual nuestro profesor fue dejado cesante en 1944.

El estudio detenido de uno de los más famosos cuentos de Borges, me llevó a examinar cuáles fueron las relaciones entre el autor de *Ficciones* y el famoso y a veces polémico historiador de las literaturas hispánicas, don Marcelino Menéndez y Pelayo, aquel que se autocalificaba de «católico a machamartillo» y cuya imagen —groseramente simplificada por partidarios de la derecha y por enemigos de la izquierda— todavía sirve de bandera a cierta atrasada parte reaccionaria de la península y de Hispanoamérica, que no ha alcanzado a entender la evolución en amplitud y generosidad que don Marcelino, antes de morir, había experimentado frente a numerosos problemas de su patria¹. Y estas notas quieren ser un homenaje a aquel enorme sabio nacido en la Montaña —de quien todos hemos aprendido y seguimos aprendiendo cada vez que nos acercamos a sus brillantes y ricas páginas— y de quien también yo aprendí en una adolescencia, ¡ay!, tan lejana y olvidada.

En la obra de Borges hay, extrañamente, varias referencias a Menéndez Pelayo. Digo esto, porque a la admiración —bastante contenida— por la enorme obra del español, se suman pasajes en los que evidentemente Borges se ríe del santanderino y de su obra. Ya veremos que don Marcelino ha sido la fuente de un pasaje bastante importante, de uno de los cuentos más famosos del escritor porteño. Según Daniel Balderston², aparecen en la obra borgiana diecinueve referencias a don Marcelino, lo cual señala que se trata de un crítico que el escritor argentino frecuentó bastante en su época de lector voraz (como suponemos deben haber sido los años de

¹ Véase el olvidado libro de Dámaso Alonso, Menéndez Pelayo, crítico literario (Las palinodias de don Marcelino), Madrid: Gredos, 1956, que es la única obra que analiza la evolución de las ideas en este crítico, quien en sus años de madurez —antes de su temprana e injusta muerte a los 56 años— había reexaminado y reconsiderado muchas de sus extremadas ideas de la juventud y muchas de las nociones críticas de sus primeras obras.

² Ver: The Literary Universe of Jorge Luis Borges (Nueva York: Greenwood Press, 1986), de donde hemos sacado todas las referencias que utilizamos en esta nota.

1910 hasta 1940, cuando los problemas oculares fueron alejando a Borges del mayor y más constante placer-actividad de su existencia). Veamos estas referencias al autor de *Calderón y su teatro*.

En *Otras Inquisiciones*, «Formas de una leyenda», leemos, mientras el narrador cuenta la leyenda de Buda: «Todo esto y mucho más hallará el lector en el primer volumen de *Orígenes de la novela*». Al final de *Historia de la eternidad* se aclara: «He trabajado al azar de mi biblioteca. Entre otras obras que más serviciales me fueron, debo mencionar las siguientes», y cita uno de esos textos que muy pocos han leído: *Ensayos de crítica filosófica*, de Menéndez y Pelayo, 1892. La singular biografía borgiana de Evaristo Carriego tiene un artículo interesantísimo sobre «Las inscripciones de los carros». Allí leemos: «... conviene asimilar a las otras letras las sentencias de carro, para que se desengañe el lector y no espere portentos de mi requisa. ¿Cómo pretenderlos aquí, cuando no los hay en las premeditadas antologías de Menéndez y Pelayo...?». En los numerosos textos misceláneos que se colectaron en la antología borgeana editada por Celtia, hay uno titulado «Una versión de Borges». Este comienza así: «Marcelino Menéndez y Pelayo —cuyo estilo, pese a la casi imposibilidad de pensar y al abuso de las hipérbolos españolas, fue ciertamente superior al de Unamuno y al de Ortega y Gasset, pero no al que Groussac y Alfonso Reyes nos han legado— solía decir que de todas sus obras, la única de la que estaba medianamente satisfecho era su biblioteca; parejamente, yo soy menos un autor que un lector y ahora un lector de páginas que mis ojos ya no ven...». En su *Introducción a la literatura inglesa* leemos: «En Thomas Babington Macaulay (1800-59) se unen, como en Menéndez y Pelayo, un gran escritor y una inteligencia poco común. Ambos gozaban de una prodigiosa memoria; ambos nos dejan la impresión de haber leído todos los libros. Aquí cesan las semejanzas. Menéndez y Pelayo fue un católico fervoroso; Macaulay, un protestante tibio y un liberal. Otra diferencia reside en la imaginación; Macaulay era capaz de evocar de una manera vívida intrigas y batallas». En el libro sobre *Martín Fierro* cita elogiosamente a don Marcelino y agrega: «Se ve que a Menéndez y Pelayo lo impresionó la 'madrugada clara' en que atravesaron la frontera los dos amigos». En el volumen *Leopoldo Lugones*, hablando del movimiento modernista, leemos: «La circunstancia de que algunos críticos españoles ignoraran esta indignidad (la de la pobreza literaria del modernismo —siempre según Borges—) contribuía a hacerla más irreparable; así Menéndez y Pelayo, en la Antología que se titula *Las cien mejores poesías líricas de la lengua castellana*, admite inexplicablemente una desmesurada proporción de poetas de su época». En *Nuevos cuentos de Bustos Domecq* la actitud negativa contra el crítico español asume niveles de visible agresividad no justificada. En

«Deslindando responsabilidades», con el tono jocosos de todo el libro, se comenta la obra presuntamente literaria de un autor poco importante llamado Molinero: «Fuerza es negarle al Molinero los sabrosos romances de recio sabor popular *Quesillos y requesones, De conejo el escabeche y Gran señora es la toronja*, que hicieron las delicias de don Marcelino Menéndez y Pelayo y de tanto otro crítico sagaz». Cuatro páginas después del texto citado aparece lo siguiente: «Mencionaremos, para finiquitar, una hipérbole sugerida por el nombre plural de Behemot, que la Escritura (Job, L,10) da al hipopótamo y que vale por animales: el Molinero confiere al garañón que endilgó una atrevida coz al conde de Jaca, el gallardo verso que le helaba la sangre a don Marcelino: *es más grande que dos o tres conejos*».

Mostraremos ahora cómo Borges utilizó un pasaje de la *Historia de los Heterodoxos Españoles* de don Marcelino, para componer uno de los momentos más dramáticos de su relato «Los teólogos». El texto del autor argentino describe la terrible escena de la ejecución de Juan de Panonia, que es el nombre dado a uno de los dos teólogos que se enfrentan en el relato. Es evidente que la descripción evoca la también espantosa que recuerda la ejecución en Ginebra de aquel varón extraordinario que descubrió la circulación de la sangre, el aragonés Miguel (de) Servet, mandado matar por Calvino —según Menéndez Pelayo— por odios y envidias nacidas de las diferencias teológicas y de los celos de poder que corroían el alma del jefe protestante.

Vamos a dejar hablar a los textos. Y después haremos algunos comentarios aclaratorios. Es oportuno recordar que el cuento «Los teólogos» ha merecido varios estudios valiosos. Se ha relacionado el relato con las ideas de su autor (Christ, Wheelock); otros han estudiado su desarrollo narrativo (así Bell Villada y Cedola); Alazraki ha señalado ciertas peculiaridades de su contenido y forma, haciendo referencia a que en dicho texto —como en otros relatos borgianos— «hay mucho de técnica realista». Los elementos realistas de la historia tienen un origen sorprendente, que queremos indicar en esta breve nota. Y ahora una referencia personal. Siempre que leía «Los teólogos», una como campanita parecía advertirme que en un lugar del pasado perdido en mi memoria, existía un pasaje o una situación semejante que había sido conocida por mí en algún momento de ese pretérito. La casualidad o el azar, que suele ser tan poderosa como la memoria racional, me llevaron a releer un libro enorme, que había sido durante varios años mi refugio para huir de la aburrida vida provinciana. Ahora había encontrado la referencia buscada. Vamos a poner frente a frente la página de Menéndez y Pelayo y la del relato de Borges. El historiador español se basó en la biografía de Servet escrita por Chéreau para describir la ejecución del célebre aragonés, que tuvo lugar en Ginebra, en

1553. Es de un pasaje de los *Heterodoxos* de donde Borges copió, casi a la letra, el conmovedor y feroz relato de la muerte por el verdugo del pensador y teólogo español. En su relato el personaje asumía el nombre de Juan de Panonia.

*Historia heterodoxos*³

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, por esta nuestra definitiva sentencia que damos aquí por escrito, condenamos a tí, Miguel Servet, a ser atado y conducido al lugar de Champel y allí sujeto a una picota, y quemado vivo juntamente con tus libros, así de mano como impresos, hasta que tu cuerpo sea totalmente reducido a cenizas, y así acabarás tu vida, para dar ejemplo a todos los que tal crimen quisieren cometer.

Oída la terrible sentencia, el ánimo de Servet flaqueó un punto, y cayendo de rodillas, gritaba: «¡El hacha, el hacha, y no el fuego!... (pág. 303).

Habían llegado a la colina de Champel, al Campo del Verdugo, que aún conserva su nombre antiguo... En aquel lugar, uno de los más hermosos de la tierra, iban a cerrarse a la luz los ojos de Miguel Servet. Allí había una columna, hincada profundamente en el suelo, y en torno muchos haces de leña, verde todavía, como si hubieran querido sus verdugos hacer más lenta y dolorosa la agonía del desdichado...

Era medio día. Servet yacía con la cara en el polvo, lanzando espantosos aullidos. Después se arrodilló... se puso en manos del verdugo, que le amarró a la picota con cuatro o cinco vueltas de cuerda y una cadena de hierro, le puso en la cabeza una corona de paja untada de azufre, y al lado un ejemplar del *Christianismi Restitutio*. En seguida, con una tea prendió fuego en los haces de leña, y la llama comenzó a levantarse y envolver a Servet. Pero la leña, húmeda por el rocío de la mañana, ardía mal, y se había levantado además un impetuoso viento, que apartaba de aquella dirección las llamas. El suplicio fue horrible: duró dos horas, y por largo espacio oyeron los circunstantes estos desgarradores gritos de Servet: «Infeliz de mí, por qué no acabo de morir? Las doscientas coronas de oro y el collar que me robasteis, no os bastaban para comprar la leña necesaria para consumirme?» (págs. 304-305).

«Los teólogos»⁴

Aureliano presencié la ejecución, porque no hacerlo era confesarse culpable. El lugar del suplicio era una colina, en cuya verde cumbre había un palo, hincado profundamente en el suelo, y en torno muchos haces de leña. Un ministro leyó la sentencia del tribunal. Bajo el sol de las doce, Juan de Panonia yacía con la cara en el polvo, lanzando bestiales aullidos. Arañaba la tierra, pero los verdugos lo arrancaron, lo desnudaron y por fin lo amarraron a la picota. En la cabeza le pusieron una corona de paja untada de azufre; al lado, un ejemplar del pestilente *Adversus annulares*. Había llovido la noche antes y la leña ardía mal. Juan de Panonia rezó en griego y luego en un idioma desconocido. La hoguera iba a llevárselo, cuando Aureliano se atrevió a alzar los ojos. Las ráfagas ardientes se detuvieron; Aureliano vió por primera y última vez el rostro odiado. Le recordó el de alguien, pero no pudo precisar el de quien. Después, las llamas lo perdieron; después gritó y fue como si un incendio gritara (pág. 44).

³ Las citas están tomadas de Historia de los heterodoxos españoles (Madrid: Librería Católica de San José, 1880), vol. 2, págs. 302-305. Se indicará la página en cada caso.

⁴ El texto usado está en El Aleph (Buenos Aires: Emecé, 1957), págs. 35-45. El pasaje que nos interesa en pág. 44.

Una lectura comparativa muestra que Borges utilizó sagazmente ciertos pasajes del relato de Menéndez Pelayo y hasta alguno fue directamente copiado por el autor de *El Aleph*. Toda la situación está tomada de los

Heterodoxos y Borges supo destacar, con su acostumbrada destreza, los aspectos más dramáticos del relato-fuente. Lo que ocurrió es que el sabio narrador supo sintetizar ciertos pasajes y siempre lo sintético del relato rioplatense aumenta —si cabe— la dramaticidad de la crónica original. En esta síntesis cargada de fuerza trágica, Borges mejora —a veces— el original, y cuando lo copia al pie de la letra sabe siempre utilizar los aspectos más cargados de poder emotivo y expresivo sobre el lector. Un ejemplo basta para ver cómo un hecho narrado por el cronista asume en Borges una poderosa realidad concreta, siempre debido al uso acertadísimo de la síntesis que disminuye el número de palabras para decir lo mismo con menos medios lingüísticos. Es la brevedad de medios lo que presta poder a lo expresado y le da admirable fuerza estilística. El texto del historiador dice que en medio del humo de las leñas húmedas que quemaban mal, se escuchaban los gritos desgarradores del condenado. En los *Heterodoxos* leemos: «...la llama comenzó a levantarse... Pero la leña, húmeda por el rocío de aquella mañana, ardía mal, y se había levantado además un impetuoso viento, que apartaba de aquella dirección las llamas». Borges dice esto, pero de manera mucho más sintética y eficazmente dramática: «Había llovido la noche antes y la leña ardía mal... gritó y fue como si un incendio gritara.»

Si se lee el párrafo de don Marcelino que comienza con la frase «Era medio día», se verá que Borges dice lo mismo que la fuente utilizada; lo que ocurre es que lo dice de modo esencial. Todo lo expresado por Menéndez Pelayo en 22 líneas, nos es comunicado con cargada y potente expresividad por Borges en nueve líneas que contienen la mitad de palabras... la caja de la página del volumen editado a fines del siglo pasado en Madrid, es mucho mayor en espacio concreto y la tipografía bastante menor. La línea de Borges contiene solamente 52 puntos; la del crítico e historiador español, 67. Las primeras están en cuerpo 14, las del segundo, en cuerpo 10. Con estas observaciones que parecen tan concretas queremos indicar solo esto: lo apretadamente limitado en el número de palabras aumenta su poder suasorio y emotivo sobre el lector.

No se olvide algo esencial: este relato, así como ocurre con «El Inmortal», está recorrido en numerosos pasajes de ecos explícitos o silenciosos de numerosos textos (textos, intertextos, cotextos, contextos, pretextos y postextos) que apelan a referencias escriturarias, bíblicas explícitas e implícitas, literarias, homéricas, medievales, teológicas, filosóficas, lógicas, históricas, reales e inventadas, que convierten al relato todo en una como antología directa e indirecta de todo el mundo cultural antiguo, medieval y erudito. La totalidad de una cultura parece aletear advirtiendo su presencia inevitable en cada línea de esta construcción de palabras y de símbolos que

⁵ Gene H. Bell Villada, *Borges and His Fiction. A Guide to His Mind and Art* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1981). *Mesurado, erudito, inteligente, siempre bien informado, paciente en la infinita búsqueda de datos y referencias (que en Borges es una trampa siempre peligrosa, porque a veces la visible cita de un autor puede remitir a un sendero falso o auténtico), este libro merecería ser traducido de inmediato al español. Lo mismo podría decirse de su volumen reciente sobre García Márquez. El análisis de «Los teólogos» está en págs. 158-66; pero hay numerosas referencias directas e indirectas a este relato en otros pasajes del libro. Claro que todas están claramente indicadas en el índice, que es un utilísimo instrumento de consulta, y que casi siempre se elimina de las traducciones en español de esta clase de estudios...*

⁶ Edna Eizenberg, *The Aleph Weaver: Biblical, Kabbalistic, and Judaic Elements in Borges* (Potomac, Maryland: Scripta Humanística, 1984), págs. 118-121.

tocan a aspectos esenciales de nuestra cultura medieval e, indirectamente, de toda nuestra tradición. Lo que ocurre es que la desmesura gigantesca y ecuménica de «El Inmortal», que va desde Homero al siglo XX (veinticinco siglos de realidad cultural occidental) está apenas aludida, pero puede percibirse en numerosos momentos del cuento y su perspectiva profundísima aquí toca a otro de los enormes temas de toda nuestra cultura. En el relato ya citado, se trataba de una rememoración y recreación de toda la tradición literaria de Occidente, desde su más antigua obra reconocida como tal. Aquí, de otro de los desmesurados intentos humanos que el escepticismo borgiano da como destinado al fracaso: el de pensar o recrear a Dios; el de creer —tal vez con demasiado optimismo— que podemos pensar a Dios concibiendo una Teología. Y, a la vez, el de creer que esa inalcanzable a impensable realidad de lo divino, podría interesarse en algo tan distinto y tan pequeño como el hombre... Obsérvese que al final del relato, el narrador da a entender que la misma empresa de concebir, pensar o referirse a Dios es casi impensable y, a la vez, casi inexpresable. Dios es una realidad-otra, lejanísima, inalcanzable, incomprensible por este débil ser llamado hombre.

Y antes de cerrar esta nota, una pregunta obvia: ¿hay otros pasajes en este relato, tan cargado de referencias culturales (bíblicas, escriturarias, históricas) que merezcan recordarse? Claro que sí; y vamos a señalar algunos de ellos. Unos, han sido acotados por Bell Villada en probablemente el mejor volumen de conjunto sobre los cuentos de Borges, la mayoría de los cuales han sido analizados de manera magistral en un estudio bastante poco conocido en el mundo hispánico⁵. Otros los hemos tomado de un libro posterior al citado, de Eizenberg⁶. En todos los casos hemos traducido al español las citas o referencias en latín, inglés o alemán. O hemos buscado la cita en traducciones hispánicas de los respectivos autores si las teníamos a mano; siempre se indica la fuente.

En un pasaje del cuento leemos: «Ardieron palimpsestos y códices, pero en el corazón de la hoguera, entre la ceniza, perduró intacto el libro duodécimo de la *Civitas Dei*, que narra que Platón enseñó en Atenas que, al cabo de los siglos, todas las cosas recuperarán su estado anterior, y él, en Atenas, ante el mismo auditorio, de nuevo enseñará esa doctrina. El texto que las llamas perdonaron gozó de una veneración especial y quienes lo leyeron y releieron en esa remota provincia dieron en olvidar que el autor sólo declaró esa doctrina para poder mejor confutarla» (pág. 35). El texto de San Agustín está en *La ciudad de Dios* (libro 12, cap. 13); todo el libro 12 está dedicado a exponer y refutar la idea del eterno retorno de todas las cosas, concepción antiquísima que la teología cristiana rechazó. En un pasaje leemos: «De acuerdo con algunos filósofos, los acontecimientos y

los períodos de tiempo en que los mismos ocurren, se repiten; esto es como si, por ejemplo, el filósofo Platón, habiendo enseñado en la escuela en Atenas, la cual es denominada la Academia, muchos años atrás, largos años más tarde, a intervalos temporales iguales, este Platón en la misma escuela, y a los mismos discípulos anteriores, repetirá incontables veces sus lecciones. Lejos estamos nosotros de creer en ello. Cristo murió por nuestros pecados una vez; y levantándose de entre los muertos, no volvió a morir»⁷.

Rodolfo A. Borello

⁷ Esta es nuestra traducción de la versión inglesa de Saint Augustine, *Basic Writings*, Edited by Whitney J. Oates (New York: Random House 1948), vol. 2, pág. 192. No he podido consultar ninguna versión en español de este texto. Victorino Capánaga, en «Los ciclos cósmicos en la «Ciudad de Dios», «Estudios sobre «La Ciudad de Dios», t. II de La Ciudad de Dios, Revista Agustinianna de Cultura e Investigación, vol. CLXVII, Real Monasterio del Escorial, 1954, págs. 95-112, traduce así el texto citado: «Lejos de la regla de la fe el creer que

con estas palabras de Salomón se significan aquellos circuitos con que los paganos piensan que se repiten las mismas revoluciones de los tiempos y de las cosas temporales, de suerte que, por ejemplo, así como en este siglo Platón enseñó su doctrina en Atenas y en la escuela que se llamó Academia, así retrocediendo innumerables siglos atrás, con prolijos pero ciertos intervalos, el mismo filósofo con idénticos discípulos repetidas veces existieron en la ciudad de Atenas y en la Academia, y en lo futuro, durante innumerables siglos, volverán a existir;

lejos de nosotros dar crédito a semejante doctrina», págs. 97-98. Debe tenerse presente que en numerosos autores grecorromanos (muchos mencionados y estudiados en el artículo de Capánaga, el que recomiendo al lector interesado por la riqueza bibliográfica y la información filosófica y teológica) aparece esta idea-creencia de la reiteración cíclica de la historia, que ha sido una constante de toda la Antigüedad, tanto asiática como occidental. Recuérdese el clásico estudio de Mircea Eliade, *Le Mythe de l'Éternel Retour*. Archétypes et

Repétition (París: Gallimard, 1969) y su *History of Religious Ideas* (Chicago: Univ. of Chicago Press, 1978); no puedo dar las referencias en español porque no las tengo aquí, en Ottawa. Una exposición muy completa de las ideas de los filósofos griegos sobre los ciclos periódicos (concepción que se repite en varios textos de Borges, baste señalar el poema «La noche cíclica», por ejemplo), es la de C. Duhem, *Le système du monde. Histoire des doctrines cosmologiques de Platon à Copernic* (París: Gallimard, 1969).